

JOURNAL *de*
comunicación social

SOCIOLOGÍA DE LA COMUNICACIÓN DE MASAS,
ESTUDIOS MEDIÁTICOS Y CULTURALES
Y SOCIOLOGÍA POLÍTICA

PRIMERA PARTE



Las fracturas de la oposición

Un análisis de clivajes sociales, estructuras de movilización y representación en Bolivia

Mariana Giusti Rodríguez¹
Cornell University

Resumen

En este artículo, argumentamos que la inestabilidad de los partidos de oposición en Bolivia es causada por dos fracturas en su construcción: el desalineamiento ideológico y la ausencia de estructuras de movilización a nivel nacional. Analizamos patrones de votación entre 1989 y 2009 para identificar los clivajes sociales que estructuran el voto. También, desarrollamos un análisis de las campañas políticas de tres partidos de oposición en las elecciones de 2014 para identificar sus alineamientos políticos. Los resultados revelan que el clivaje étnico ha estructurado los patrones de votación tanto antes como después del 2002. Identificamos tres diferencias importantes entre el sistema anterior y el actual: (1) anteriormente, los quechuas y aymaras votaban en grupos separados mientras que ahora votan en conjunto; (2) el sistema antiguo no proveía representación institucionalizada a los indígenas mas sí a los no-indígenas; y (3) el sistema actual está desalineado con los no-indígenas. Los resultados sugieren que la inestabilidad de los partidos de oposición se debe a la desconexión, ideológica y práctica, entre éstos y los sectores no-indígenas que intentan representar.

Palabras clave:

Sistema de partidos, clivajes étnicos, partidos de oposición, campañas electorales.

¹ Mariana Giusti Rodríguez es doctorante en el Departamento de Ciencias Políticas de Cornell University, 212 White Hall, Ithaca, NY, 14853 (mg674@cornell.edu).

Quiero agradecer a mi comité de tesis, Kenneth Roberts, Sidney Tarrow, y Ronald Herring por su apoyo en las diferentes etapas que han llevado a la producción de este artículo. También, quisiera agradecer profundamente a mi papá, Juan Giusti, por sus comentarios y sugerencias en éste y todos los otros proyectos de investigación que he escrito en mi vida. El apoyo financiero del “Einaudi Center” y el Departamento de Ciencias Políticas de Cornell University hicieron posible esta investigación. También, agradezco el apoyo del “Ford Foundation Doctoral Dissertation Fellowship”, el cual me ha dado los recursos necesarios para continuar desarrollando éste y otros proyectos.

I. Introducción

Las elecciones de octubre de 2014 en Bolivia no trajeron sorpresas. Evo Morales fue re-elegido a la Presidencia con 61 por ciento del voto y el Movimiento al Socialismo (MAS) obtuvo una clara mayoría en la legislatura. La oposición, por su parte, quedó debilitada y quizás hasta más fragmentada que antes.

Mientras que el discurso de la oposición sugiere que los resultados anticipados son el producto de un partido de gobierno con tendencias autoritarias que acapara los medios de publicidad y reduce las posibilidades de competencia electoral, las raíces del problema político de los partidos de oposición en Bolivia, argumentamos, son otras. En este artículo, sugerimos que los partidos de oposición al MAS en Bolivia sufren dos fracturas importantes, las cuales les impiden constituirse como alternativas políticas viables, sostenibles y relevantes. La primera de estas fracturas –*el desalineamiento ideológico*– es auto-infligida. Los partidos de oposición continúan ignorando los patrones de votación de la población boliviana –principalmente el clivaje étnico– y, a causa de esto, han desarrollado discursos políticos con poca resonancia en la población.

La segunda de estas fracturas recae en la *inexistente estructura nacional de movilización y comunicación de los partidos de oposición*. La ausencia de estructuras de cobertura nacional –acompañada de la monopolización de las mismas por el MAS– impide a la oposición boliviana una movilización efectiva e, importantemente, favorece el auge de estrategias personalistas que buscan compensar la debilidad estructural a través de simbolismos y campañas mediáticas. La falta de estructura también limita la capacidad de los partidos políticos de recibir mensajes de la población y, en ese sentido, obliga a los políticos a permanecer distanciados y desinformados sobre las preocupaciones generalizadas de los votantes.

La combinación de estas dos fracturas ha producido una oposición política desconectada de la población, caracterizada por un discurso simbólico, distante, de resonancia limitada y carente de estructuras que faciliten la interacción con los ciudadanos. Son primordialmente los errores de los partidos de oposición, no del partido de gobierno, los que han provocado el desarrollo de un sistema político unipartidista. No obstante las tendencias

del MAS a concentrar el poder –particularmente en el terreno institucional–, continúa siendo la única opción política en Bolivia que ha construido un discurso alineado con los patrones de votación generales y que goza de las estructuras nacionales necesarias para escuchar a la población y comunicar sus propuestas.

En este artículo, examinamos este argumento teórico en dos partes. La primera parte evalúa las contribuciones de Lipset y Rokkan (1967), Bartolini y Mair (1990) y Aldrich (2011) a la literatura de formación de sistemas de partidos políticos. Estos textos nos proveen la base para examinar las condiciones que facilitan el desarrollo de un sistema de partidos estable y representativo. En esta sección, desarrollamos un análisis cuantitativo de patrones de votación electoral en Bolivia entre 1989 y 2009. Este análisis ilumina la importancia de las identidades étnicas en el campo político boliviano.

Utilizando estos análisis cuantitativos de base, procedemos a examinar el contenido discursivo de las campañas electorales del MAS, Unidad Demócrata (UD), el Partido Demócrata Cristiano (PDC) y el Movimiento Sin Miedo (MSM) en la contienda electoral de octubre 2014. Este análisis nos permite identificar los temas principales que actualmente organizan el campo político y resaltar las contradicciones discursivas de los partidos de oposición.

En la segunda sección de este artículo, desarrollamos un marco teórico derivado de los métodos de análisis de redes sociales para argumentar que el alcance limitado de las organizaciones políticas de oposición impide el desarrollo de partidos políticos estables y programáticos.

En la conclusión, sostenemos que la construcción exitosa de un partido político de oposición en Bolivia requiere un alineamiento ideológico en torno al clivaje étnico y una organización de bases sociales que permitan establecer canales para la rendición de cuentas de las bases hacia los políticos y viceversa. También sugerimos que, dada la fluidez de las identidades étnicas en Bolivia, estos alineamientos no tienen que ser fijos ni permanentes. Por ende, existe el espacio político para formar partidos de oposición representativos y alineados con las identidades políticas de la población.

II. El clivaje étnico y el sistema de partidos

¿Cómo y por qué se construyen los sistemas de partidos? Es generalmente aceptado que los partidos políticos, al menos en teoría, son esenciales para la sobrevivencia y el funcionamiento adecuado de las democracias. Los partidos organizan y canalizan las preferencias políticas de la población y ofrecen representación institucionalizada a diferentes sectores y perspectivas. El conjunto de partidos componen el *sistema de partidos*. El sistema de partidos provee estabilidad y previsibilidad a las prácticas de representación en una sociedad. La ausencia de sistemas de partidos estables, por su parte, aumenta la incertidumbre del ámbito político y compromete la estabilidad democrática.

Por un lado, estos sistemas inestables facilitan la emergencia de actores políticos desconocidos, pero que tienen la posibilidad de presentar a la población ofertas de representación atractivas y acertadas. Por otro lado, estos actores políticos tienden a ser individuos desconocidos que, por no pertenecer a un partido, no se someten a las reglas ni prácticas democráticas que un partido político, en teoría, sirve para implementar y reforzar. En ese sentido, la estabilidad de la democracia puede quedar expuesta y vulnerable a la incertidumbre creada por un sistema de partidos débil o colapsado. Construir sistemas de partidos estables, por ende, es una de las tareas más urgentes de una democracia en consolidación.

En las ciencias políticas, las tradiciones teóricas más importantes que buscan explicar la construcción de sistemas de partidos son la de elección racional *rational choice theory* y la sociológica. La teoría de elección racional propone una perspectiva *vertical-descendiente* en la formación de sistemas de partidos. Su proponente principal, John Aldrich (2011), sugiere que los partidos políticos son el producto de cálculos racionales hechos por políticos interesados en acceder al poder. Aldrich argumenta que los políticos forman partidos para resolver problemas de decisión y acción colectiva que aumentan los costos de la participación en las contiendas electorales. Los políticos invierten en los partidos porque éstos proveen una marca política y economías de escala. La marca política les permite a los candidatos dar a conocer sus posturas ideológicas con mayor facilidad y con costos de campaña reducidos. Las economías de escala, por su parte, facilitan la movilización política, pues les permite a los candidatos utilizar estructuras de comunicación mucho más amplias que las que ellos

podrían desarrollar individualmente (cf. Aldrich, 2011, p. 50). Para Aldrich, los políticos construyen partidos políticos porque es racional.

Levitsky y Cameron (2003) aplican este marco teórico a América Latina y sugieren que la debilidad de los partidos políticos en la región *vis-a-vis* las opciones personalistas puede ser atribuida a cambios en los cálculos racionales de los políticos, causados mayormente por la expansión de los medios de comunicación. Los autores argumentan que la expansión del alcance de la televisión provee a los políticos de un sustituto costo-efectivo a las máquinas partidarias. En el contexto actual, los políticos pueden utilizar los medios para desarrollar su marca política y movilizar a la población, ya sin necesidad de un vehículo político institucionalizado (cf. Levitsky y Cameron, 2003). Para Levitsky y Cameron, esta transformación ha alterado el cálculo político de los candidatos y ha facilitado el desarrollo de “democracias sin partidos” protagonizadas por líderes políticos carismáticos.

La corriente sociológica, por su parte, propone un proceso de formación de sistemas de partidos *vertical-ascendiente* y pone mayor énfasis en los clivajes sociales como la base de sistemas de partidos estables y consolidados (cf. Lipset y Rokkan, 1967; Bartolini y Mair, 1990). Los clivajes sociales son entendidos como el producto de conflictos sociales que fracturan a la población en base a divisiones socio-estructurales (como etnicidad o clase). En ese sentido, los clivajes organizan las identidades socio-políticas polarizadas de la población, definen los patrones de votación (y las preferencias de los votantes) y producen partidos estables a largo plazo. Lipset y Rokkan (1967) sugieren que los partidos son el producto natural de estas identidades políticas que terminan estructurando los polos de representación.

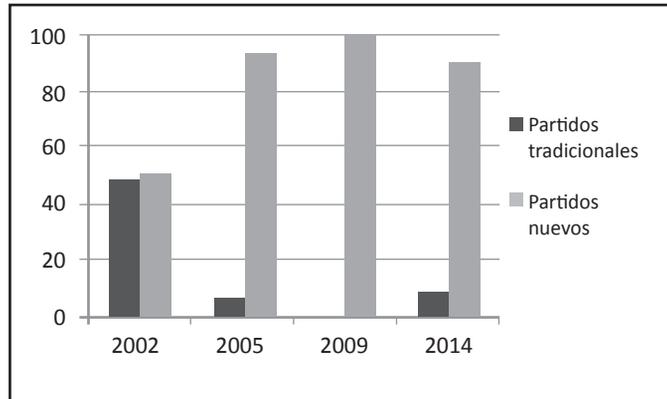
En el contexto boliviano, este marco teórico sugiere que la ausencia de un sistema de partidos consolidado es producto de la falta de clivajes sociales con suficiente fuerza para estructurar las identidades políticas de la población. Maxwell Cameron (1991) y Kenneth Roberts (2002) desarrollan este argumento en el contexto latinoamericano. Cameron enfoca su análisis en Perú y sugiere que las reformas neoliberales implementadas en décadas pasadas debilitaron a la clase trabajadora del país y provocaron la expansión de un sector informal difícil de organizar políticamente. Roberts, por su parte, argumenta que las crecientes desigualdades sociales que han afectado a Latinoamérica

recientemente han venido acompañadas de un debilitamiento del clivaje de clase social que caracterizó a algunos países anteriormente. En el contexto boliviano, estas teorías sugieren que la ausencia de un sistema de partidos estable es el producto de un debilitamiento de clivajes sociales.

A pesar de las importantes contribuciones de estos marcos teóricos, tanto el marco de elección racional como el sociológico tienen importantes limitaciones en su aplicación al contexto latinoamericano. La teoría racional ignora las identidades políticas de los votantes y el impacto que éstas tienen en las preferencias colectivas y el comportamiento de los políticos. En el caso boliviano, esta teoría no logra explicar la falta de organización de las elites políticas del país. Los partidos de oposición no están resolviendo los problemas de decisión y acción colectiva ni a través del desarrollo de estructuras partidarias eficientes –como Aldrich sugiere– ni con campañas mediáticas que sirvan de sustitutos eficientes a las máquinas partidarias tradicionales. Al contrario, lo que se observa en Bolivia es un ciclo interminable de construcción y fracaso de nuevos vehículos políticos. Mientras que los partidos tradicionales desaparecieron en su totalidad del sistema de representación (ver Gráfico 1)², la mayoría de los partidos que han surgido desde el colapso del sistema –con la excepción del MAS– no han logrado establecerse como una fuerza política relevante por más de un ciclo político. El Gráfico 2 describe el porcentaje de votos que han quedado liberados entre las elecciones del 2002, 2005 y 2009 a causa de la desaparición de partidos en cada elección. Estos gráficos sugieren que, más allá de los cálculos racionales de los aspirantes al poder, existen otros factores que actualmente continúan limitando el desarrollo de partidos estables.

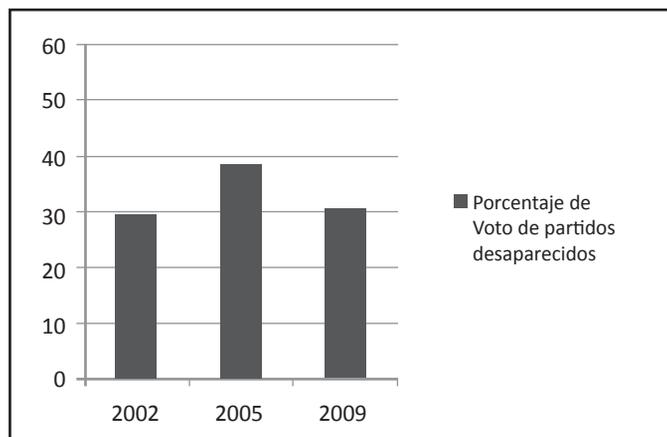
² La sigla del PDC resurgió en las elecciones del 2014 pero con Jorge Quiroga como candidato, quien históricamente perteneció a otros partidos políticos.

Gráfico 1. Porcentaje de voto obtenido por partidos nuevos y tradicionales en Bolivia, 2002-2014³



Fuente: Atlas Electoral de Bolivia, Tomo I (2010)

Gráfico 2. Porcentaje de voto obtenido por partidos desaparecidos cada elección, 2002-2009



Fuente: Atlas Electoral de Bolivia, Tomo I (2010)

³ Los partidos tradicionales incluidos en el análisis son los siguientes. En el 2002: ADN, UCS-FSB, PS, MNR-MBL, MIR-NM-FRI y CONDEPA-MP. En el 2005: MNR. En el 2009: ninguno. En el 2014: PDC. Los partidos nuevos incluidos en el análisis son los siguientes. En el 2002: NFR, MAS, MIP y MCC. En el 2005: MAS, FREPAB, UN, MIP, PODEMOS, NFR y USTB. En el 2009: MAS, UN-CP, PPB-CN, BSD, MUSPA, AS, PULSO y GENTE. En el 2014: MAS, PVB-IEP, MSM y UD.

Quizás más problemático aún para la teoría de Aldrich es el alto número de políticos que transitan libremente de una sigla partidaria a otra sin prestar atención a la base ideológica del partido o al impacto que tienen estos cambios en la imagen de ellos como candidatos. Algunos ejemplos recientes de esta dinámica son los casos de Adriana Gil, Abel Mamani y Jorge Quiroga, entre muchos otros candidatos que no están comprometidos con siglas políticas específicas. Aunque de cierta manera el comportamiento de estos actores puede ser entendido como racional –buscan canales eficientes para acceder al poder–, estas prácticas son racionales solo superficialmente. La teoría de Aldrich no logra explicar la lógica racional del cambio constante de marca y afiliación, pues este comportamiento confunde a los votantes y distorsiona los problemas de “branding” que los partidos pretenden solucionar.

Lipset y Rokkan, por su parte, parecen asumir que la articulación política de los clivajes sociales es natural e inevitable. Si existe un clivaje, estamos ante un casi inevitable proceso de construcción de partidos y los mismos deben estar claramente alineados con los polos del clivaje y las identidades políticas que los definen. Sin embargo, este marco teórico tiene grandes dificultades explicando el contexto boliviano. Este contexto está caracterizado por un clivaje étnico (indígena/no-indígena) muy marcado –que examinaremos más adelante– que ha producido una representación política coja. Mientras que el polo indígena ha conseguido organizarse efectivamente en la arena política, el lado no-indígena del clivaje no parece tener la misma capacidad de articulación. No parece ser la ausencia de clivajes, si no la traducción de esta polarización social en la arena política, lo que está ausente en la teoría de Lipset y Rokkan. El marco teórico que los autores proponen no nos provee una historia completa sobre las circunstancias bajo las cuales los políticos deciden construir partidos estables y las condiciones en las cuales esta articulación resulta exitosa.

Utilizando las teorías de Aldrich, Lipset y Rokkan como base, argumentamos que para entender el contexto actual de Bolivia –caracterizado por un sistema de partidos débil y unipartidista– debemos considerar la existencia de un clivaje étnico que actualmente estructura identidades políticas, pero que, irónicamente, no es reconocido por los partidos de oposición. Es la falta de alineamientos políticos –y de identificación de estas líneas de alineamiento por parte de los partidos– lo que causa una marcada incertidumbre en el campo

político boliviano y lo que explica en gran parte el comportamiento errático de las elites políticas de oposición en el país.

III. Clivajes sociales y patrones de votación

En Bolivia, la etnicidad históricamente ha sido el factor principal que ha estructurado las oportunidades y condiciones económicas, sociales y políticas de la población. En el tema económico, un informe de Prosalus basado en la Encuesta de Hogares 2006 indica que “la incidencia de pobreza extrema en Bolivia es más del doble entre la población indígena que entre la no indígena: 48.8 y 21.3 respectivamente” (Prosalus, 2009, p. 24). En el aspecto social, la etnicidad ha configurado las relaciones entre ciudadanos y entre éstos y el Estado. Pablo Stefanoni (2010) delinea las diferentes etapas de la relación entre indígenas y el Estado a través de la historia y sugiere que perspectivas cambiantes sobre “qué hacer con el indio” han producido diversos regímenes de interacción, los cuales han impactado profundamente las relaciones sociales y las condiciones de vida de las comunidades indígenas en el país. La etnicidad también ha sido crítica en el ámbito político, influenciando el discurso de partidos kataristas como el MRTKL y el MRTK, y configurando el voto por otros partidos que han apelado directamente a estas identidades (por ejemplo, CONDEPA y MAS).

A pesar del papel que la etnicidad ha jugado definiendo el discurso de estos partidos, los estudios existentes tienden a sugerir que, antes del MAS y particularmente antes del 2002, los partidos indigenistas eran anomalías políticas de poca incidencia en los patrones de votación. Dos estudios han examinado a fondo las relaciones entre etnicidad y resultados electorales particularmente desde la elección de Evo Morales en el 2005. El primero, de Rafael Loayza (2011), desarrolla un análisis empírico de resultados electorales y características sociodemográficas de la población para argumentar que en Bolivia se ha consolidado un clivaje étnico que actualmente define los patrones de votación de la población. El autor encuentra una correlación significativa entre etnicidad y voto por el MAS en las elecciones del 2005 y 2009. El segundo, de Raúl Madrid (2012), examina esta misma temática a través de un análisis de las encuestas del Proyecto de Opinión Pública de América Latina (LAPOP). El autor argumenta que el clivaje étnico en Bolivia alcanzó su mayor expresión en las elecciones del 2005 y encuentra una correlación significativa entre

auto-identificación indígena y no-indígena y la intención de voto por el MAS y PODEMOS, respectivamente.

Estas importantes contribuciones confirman una intuición generalizada que resalta la importancia de la etnicidad en los patrones de voto en Bolivia. Sin embargo, ambos textos parecen sugerir que este clivaje étnico surgió con la ascendencia del Presidente Morales al poder en el 2005. Asimismo, sus análisis sugieren que, anterior al 2005 y particularmente antes del 2002, el clivaje étnico en Bolivia no constituía una identidad política de mayor influencia en el plano político boliviano. Por ende, sus resultados apuntan a la consolidación de una identidad que anteriormente tenía mínimo arrastre entre los votantes.

En este artículo, buscamos expandir las conclusiones de Loayza y Madrid y desarrollamos un argumento en tres partes. Primero, argumentamos que el clivaje étnico ha definido los patrones de votación de la población por las pasadas tres décadas. A pesar de que este clivaje no fue notado antes del surgimiento del MAS, el mismo ha estructurado los patrones de votación tanto en el sistema de partidos anterior como en el actual.

Segundo, sostenemos que el colapso del sistema de partidos que ocurrió en el 2002 provocó un proceso de alternación de alineamientos estables entre los sectores indígenas y no-indígenas. En otras palabras, el sistema de partidos que caracterizó a Bolivia entre el 1982 y el 2002 estaba configurado en base al clivaje étnico, mas solamente proveía representación estable para los sectores no-indígenas de la población. Dentro de este sistema de partidos, no existía ningún partido institucionalizado que representara de manera estable a los sectores indígenas de la sociedad. Sin embargo, el colapso de ese sistema creó el espacio para el surgimiento de un sistema alternativo, lo cual sucede a partir de 2002. Sugerimos que este nuevo sistema de partidos está caracterizado por el mismo clivaje, pero ahora el alineamiento político estable es con los sectores indígenas, mientras que los sectores no-indígenas continúan desalineados políticamente. El colapso del sistema anterior significó tanto el desalineamiento de los sectores no-indígenas –previamente representados principalmente por ADN y MNR– como el alineamiento, antes inexistente, de los sectores indígenas con el MAS. En ese sentido, el sistema actual es como una imagen volteada del sistema anterior.

Tercero, proponemos la hipótesis de que en los 1980 y los 1990, los aymaras y quechuas votaban como grupos étnicos definidos, pero por diferentes partidos. En otras palabras, los quechuas votaban como quechuas y los aymaras como aymaras, pero no es hasta el surgimiento del MAS, su consolidación en el plano nacional y la debilitación del MIP, que los quechuas y aymaras comienzan a votar como un solo colectivo indígena y que el alineamiento con este polo del clivaje queda consolidado.

En la próxima sección, examinamos estas hipótesis por medio de análisis estadísticos a nivel municipal utilizando la data electoral del Órgano Electoral Plurinacional y los datos censales de 1992 y 2001.

IV. Desarrollo de base de datos

Para estos análisis estadísticos, desarrollamos una base de datos que recoge resultados electorales y variables sociodemográficas a nivel municipal. En total, tenemos entre 271 y 314 municipalidades dependiendo del año electoral. La variable dependiente, patrones de votación, es operacionalizada en base a votos recibidos por cada partido en las elecciones generales de 1989, 1993, 1997, 2002, 2005, y 2009, examinadas individualmente (Atlas Electoral, 2010). Los análisis se concentran en los tres partidos principales entre 1989 y 2002 –MNR, ADN y MIR– y los dos partidos de oposición que obtuvieron mayor votación en cada una de estas elecciones⁴. Del 2005 en adelante, el enfoque es en el desempeño del MAS y de los dos partidos de oposición principales⁵.

Las variables independientes y de control –clivajes de clase, etnicidad, región y territorio– fueron desarrolladas con data de los censos nacionales de 1992 y 2001. Como aproximación a la clase social, utilizamos data sobre niveles de pobreza. Los censos definen pobreza en base a las Necesidades Básicas Satisfechas (NBS) de la población (1992; 2001). Esta clasificación está dividida en cinco categorías: marginalidad, indigencia, pobreza moderada, umbral de pobreza y necesidades básicas satisfechas. Para los propósitos de esta investigación, combinamos las categorías de marginalidad e indigencia para representar a los estratos más

⁴ CONDEPA e IU en 1989; CONDEPA y UCS en 1993 y 1997; MAS y NFR en 2002.

⁵ PODEMOS y UN en el 2005; PPB-CN y UN en el 2009.

pobres de la sociedad boliviana. La combinación de estas dos categorías es utilizada como una aproximación imperfecta del clivaje de clases⁶.

El clivaje étnico se operacionaliza en este análisis en función de los idiomas maternos hablados por la población. La variable incluye el porcentaje de la población municipal de 6 años o más por idioma hablado y se concentra en los hablantes de quechua, aymara y castellano (Censo 1992, 2001). Para los propósitos de esta investigación, construimos tres variantes del clivaje étnico. La primera variante recoge únicamente a los castellano-hablantes y representa a los sectores no-indígenas de la población. La segunda variante incluye el porcentaje de la población aymara a nivel municipal. Finalmente, la tercera variante integra a las poblaciones aymaras y quechuas bajo una categoría indígena. Ya que el hablar quechua está negativa y significativamente correlacionado con el hablar castellano (-0.604), en diversas partes de los análisis, derivamos patrones en el voto quechua de los resultados encontrados para las poblaciones castellano-hablantes⁷.

Para examinar el impacto del clivaje urbano-rural, utilizamos data censal que establece el porcentaje de la población que vive en áreas rurales y urbanas. Por último, también examinamos el impacto del clivaje regional, distinguiendo entre aquellos departamentos en la llamada Media Luna –Santa Cruz, Beni, Pando, Chuquisaca y Tarija– y los del occidente boliviano –La Paz, Oruro, Cochabamba, Potosí. Esta variable es categórica; le asignamos 1 a departamentos del occidente y 0 a los de oriente.

Antes de proceder, es importante hacer una aclaración. Todos estos análisis están hechos en base a porcentajes agregados al nivel municipal, por lo que no pueden ofrecer explicaciones concluyentes sobre el comportamiento de individuos. Esto se conoce como el problema de inferencia ecológica, el cual limita la validez de las conclusiones a nivel individual que podamos derivar

⁶ A pesar de que ésta es una aproximación imperfecta a la identidad de clases –no sólo pasa por alto el contenido ideológico de dicha identidad, también combina bases campesinas y obreras, las cuales según la teoría de clases, no comparten la misma identidad política, la utilizamos porque es la mejor aproximación disponible. Importanamente, en un discurso clasista, el ingreso de un individuo tiende a tener mayor peso que la profesión, definiendo el estatus de la persona en el plano nacional y regulando las interacciones con otros sectores con mayores o menores recursos.

⁷ Utilizar el idioma hablado como aproximación del clivaje étnico –en vez de auto-identificación- nos permite tener consistencia en los análisis, pues esta pregunta fue incluida en ambos censos estudiados. Un análisis de la relación entre auto-identificación e idioma hablado revela una correlación de 0.95.

de valores agregados. A pesar de esta limitación, podemos utilizar la data disponible para identificar y resaltar patrones de votación de la población e inferir relaciones posibles entre las diferentes variables a nivel individual. Estudios futuros podrían profundizar sobre estas conclusiones.

V. Discusión de modelos y resultados

En los análisis de la data, se encontró una alta correlación entre tres grupos de indicadores. La primera de éstas es la correlación entre el clivaje de clase social y el clivaje urbano-rural; las poblaciones más pobres de Bolivia están mayormente ubicadas en las áreas rurales del país (correlación de 0.812). La segunda es la correlación entre el clivaje étnico y el clivaje territorial. En este caso, existe una correlación de 0.711 entre hablar quechua o aymara y vivir en el altiplano boliviano. La última correlación significativa es entre hablar quechua y/o aymara y hablar castellano, las cuales tienen una correlación de -0.902. Para efectos de los análisis, las primeras dos correlaciones complican la interpretación de los resultados pues nos impiden diferenciar de manera terminante entre el impacto del clivaje de clase social *vis-a-vis* el urbano-rural, por un lado, y el clivaje étnico *vis-a-vis* el territorial, por otro. También, estaríamos limitados en la habilidad de integrar todas las variables conjuntamente dentro de un modelo para comparar su efecto específico. Aún tomando estas limitaciones en cuenta, los análisis nos permiten iluminar importantes dinámicas de votación y focalizar nuestros análisis en variables y patrones determinados. En el caso de la tercera correlación, significa que podemos utilizar el hablar quechua y/o aymara como una aproximación imperfecta y opuesta de la relación entre hablar castellano y la variable dependiente.

Dadas estas limitaciones, hubo que reducir los modelos de las regresiones OLS para incluir únicamente indicadores del clivaje étnico –ya sea hablar quechua, castellano, aymara, o hablar quechua y/o aymara– y el clivaje de clases. Los clivajes de territorio y urbano-rural fueron excluidos, pero su potencial de impacto es medido a través de las variables incluidas en los modelos con las que existe correlación.

En el diseño de los modelos de regresión se buscó, primordialmente, mantener consistencia a través de las elecciones y los diferentes partidos. Para las elecciones entre 1989 y 2002, utilizamos el hablar quechua y/o aymara como

indicador para medir el impacto del clivaje étnico en los patrones de votación, enfocándonos en los tres partidos principales: ADN, MNR, y MIR. El único modelo de éstos que resultó no-significativo y que ajustamos fue el que buscaba explicar la votación por el MIR en 1997. En esta elección, alteramos la variable étnica para incluir castellano-hablantes y aymara-hablantes, en vez de quechua y/o aymara hablantes⁸.

Para evaluar los patrones de votación por los partidos de oposición durante el mismo periodo, incluimos en el modelo tanto a los castellano-hablantes como a los aymara-hablantes. De este grupo de análisis, el único modelo que dio resultados no significativos fue el voto por el UCS en las elecciones generales de 1993. En esa elección, intercambiamos los indicadores del clivaje étnico utilizados por aymara y/o quechua hablantes.

Utilizando la teoría como base –en la cual sugerimos que los aymaras comenzaron a votar por el MAS en 2005 y que anterior a esa elección votaban sistemáticamente en contra de este partido–, el diseño de los modelos es alterado para evaluar los patrones de votación por el MAS a través del tiempo. En el análisis de estos votos, incluyo tres modelos diferentes. El primero incluye a los castellano-hablantes y a los aymara-hablantes. El segundo incluye la variable que recoge a quechua-hablantes y/o aymara hablantes. El tercero de estos modelos incluye únicamente a los quechua-hablantes.

Esta teoría esperaría que, entre el 1997 y el 2009, ser quechua-hablante tuviese un impacto significativo y positivo en el voto por el MAS. También, predice que ser aymara-hablante tiene una correlación significativa y negativa con votar por el MAS entre 1997 y 2002, y una positiva y significativa con la misma variable dependiente luego del 2005. También predice que el modelo que busca explicar el voto por el MAS por medio de la variable que integra a los quechua- y aymara-hablantes gana fuerza en el 2005. Por último, predice que ser castellano-hablante tiene un impacto negativo y significativo en el voto por el MAS. La relación entre el clivaje étnico y el voto por los partidos de oposición en las elecciones de 2005 y 2009 es evaluado, por su parte, a través de la variable que integra a los castellano-hablantes, esperando una relación significativa y

⁸ No se incluyó a los quechua-hablantes porque existe una correlación entre esta variable y castellano-hablantes pero, por esta misma razón, se puede deducir la relación entre hablar quechua y votar por el MIR en el 1997.

positiva. La variable de clase social se mantiene consistente a través de todos los análisis.

Los resultados obtenidos proveen evidencia a favor de las hipótesis propuestas. El voto por los partidos tradicionales entre 1989 y 2002 parece estar altamente condicionado por la variable étnico-territorial. Los sectores indígenas votaron sistemáticamente en contra de los tres partidos principales. Asimismo, estos partidos, y en particular el ADN y MNR, recogían el voto de los castellano-hablantes. El poder explicativo de estos modelos es un poco reducido en el caso del MIR, partido que parece haber tenido una relación fluida con los sectores indígenas. Mientras que en el 1989, el MIR parece haber obtenido un voto positivo y significativo de estos sectores, en el 1993 –en gran parte como consecuencia de su alianza estratégica con el ADN– el partido perdió el voto indígena. Sin embargo, en las elecciones del 1997 vuelve a obtener un porcentaje significativo del voto quechua, mas no del aymara. Ya para el 2002 –y muy probablemente a causa del surgimiento del MAS y el colapso del MIR– los sectores indígenas desertaron definitivamente al MIR. En cuanto al clivaje de clase social, por su parte, el mismo parece tener un impacto variable. En algunas elecciones –AP y MNR en 1993, MNR en 1997, y ADN en 2002– este clivaje resulta significativo, mas su impacto parece ser limitado *vis-a-vis* el impacto del clivaje étnico.

Mientras que los sectores quechuas y aymaras votaron mayoritariamente en contra de los partidos principales de la democracia boliviana, estos sectores parecen haber dividido su voto por varios partidos de oposición. Los resultados sugieren que entre 1989 y 1997, los aymaras votaron consistentemente por CONDEPA, explicando una gran variación del voto por este partido. CONDEPA logró capturar el voto aymara de manera consistente pues este sector estaba siendo excluido por los partidos del sistema institucionalizado. El voto quechua, por su parte, parece haber fluctuado a través de los ciclos electorales. Mientras que en la elección del 1989 fue capturado por el IU, en las elecciones del 1993 su partido principal (de los incluidos en el análisis) parece haber sido UCS⁹. Ya del 1997 en adelante, el voto quechua es capturado y movilizado por el MAS (que en 1997 corrió con las siglas de IU).

⁹ Es muy posible que el debilitamiento del IU, combinado con la alianza entre el MIR y el ADN del 1993, provocó un desalineamiento importante de los sectores quechuas en esa elección.

El voto por el MAS resulta sumamente interesante. En los cuatro ciclos electorales, la variable indígena que recoge a los sectores quechua- y aymara-hablantes resulta significativa y positiva, afirmando el carácter étnico de la votación por el MAS. Sin embargo, cuando separamos el voto de estos sectores, podemos ver que existen dinámicas complejas detrás del mismo. Específicamente, vemos que en las elecciones de 1997 y 2002, los sectores aymara-hablantes (y los castellano-hablantes) votaron sistemáticamente en contra del MAS, lo que afirma que, en estas elecciones, el MAS era principalmente un partido quechua. En el 2005, los aymaras comienzan a votar sistemáticamente a favor del MAS y así el modelo 2 pasa de explicar un 52 por ciento de la variación del voto por el MAS en 2002 a explicar 73 por ciento de la variación en 2005 y 74 en 2009 (ver el cuadro 2). Estos resultados proveen evidencia a favor de la hipótesis de un clivaje étnico persistente que en el 2005 logró unificar el voto quechua y aymara anteriormente fragmentado.

Importantemente, el colapso de los partidos tradicionales en el 2002 parece haber tenido menos que ver con el surgimiento de un nuevo clivaje étnico y más que ver con una alternación en realineamientos políticos. Mientras que los sectores indígenas lograron institucionalizar su representación política, los sectores no-indígenas perdieron su representación institucionalizada, dando lugar a partidos frágiles y temporales. Los resultados revelan que la única constante entre los partidos de oposición que han surgido del 2005 en adelante es su alineamiento, ya sea temporal, con los sectores no-indígenas de Bolivia. Estas dinámicas sugieren que la clave para la consolidación de un sistema de partidos representativo y estable en Bolivia está en consolidar un partido de oposición que represente efectivamente los intereses de los sectores no-indígenas de la población.

Cuadro 1: Partidos de Oposición: Elecciones Generales 1989 - 2002

	1989		1993		1997		2002	
	CONDEPA	IU	CONDEPA	UCS	CONDEPA-MP	UCS	MAS	NFR
Clivaje Étnico 1	.027	-.269***	.005		.011	.070**	-.679***	-.002
<i>Castellano</i>	(.024)	(.029)	(.020)		(.032)	(.0210)	(0.43)	(.018)
Clivaje Étnico 2	.293***	-.287***	.288***		.640***	.016	-.097**	-.006
<i>Aymara</i>	(.023)	(.029)	(.018)		(.029)	(.019)	(0.43)	(.018)
Clivaje Étnico 3				.088***				
<i>Aymara y Quechua</i>				(.022)				
Clivaje Clases	-.000	-.001**	-.001*	-.001*	-.001*	-.002***	-.001	-.002***
<i>Pobreza</i>	(.000)	(.000)	(.000)	(.000)	(.001)	(.000)	(.001)	(.000)
Adjusted R ²	.3948	.3905	.4694	.0463	.6344	.1957	.4624	.2708
N	271	271	298	298	309	309	314	314

Note: *p<,1; **p<0,01; ***p<0,001

Fuente: Elaboración propia.

Cuadro 2: Voto por el MAS: Elecciones Generales 1997 - 2009

	1997 (IU)			2002			2005			2009		
	Mod1	Mod2	Mod3	Mod1	Mod2	Mod3	Mod1	Mod2	Mod3	Mod1	Mod2	Mod3
Clivaje Étnico 1	-.311***			-.679***			-.840***			-.707		
<i>Castellano</i>	(.037)			(.043)			(.041)			(.035)		
Clivaje Étnico 2	-.267***			-.097**			.224***			.279***		
<i>Aymara</i>	(.034)			(.043)			(.041)			(.035)		
Clivaje Étnico 3			.304***			.460***			.432***			.322***
<i>Quechua</i>			(.027)			(.0336)			(.046)			(.042)
Clivaje Étnico 4		.223***			.593***							
<i>Aymara y Quechua</i>		(.034)			(.033)							
Clivaje Clases	.001*	.000	.001**	-.001	-.001*	.002***	-.001	.000	.004***	.001***	.002***	.00***
<i>Pobreza</i>	(.001)	(.001)	(.002)	(.001)	(.000)	(.001)	(.000)	(.000)	(.001)	(.000)	(.003)	(.001)
Adjusted R ²	.2594	.1393	.3068	.4624	.5160	.3641	.6684	.7261	.2814	.7250	.7392	.3183
N	309	309	309	314	314	314	314	314	314	314	314	314

Note: *p<,1; **p<0,01; ***p<0,001

Fuente: Elaboración propia.

Cuadro 3: Partidos de Oposición: Elecciones Generales 2005 - 2009

	2005		2009	
	PODEMOS	UN	PPB-CN	UN
Clivaje Étnico 1	.550***	.149***	.723***	.070***
<i>Castellano</i>	(.029)	(.018)	(.037)	(.005)
Clivaje Étnico 2	-.002***	.000	-.002***	-.000***
<i>Pobreza</i>	(.000)	(.113)	(.000)	(.000)
Adjusted R ²	.6181	.1829	.6261	.4426
N	314	314	314	314

Note: *p<.1; **p<.01; ***p<.001

Fuente: Elaboración propia.

VI. La construcción de partidos: partiendo del voto étnico

Los resultados presentados en la sección anterior sugieren que el sistema político de Bolivia está fuertemente estructurado por las identidades étnicas, las cuales a su vez tienen una marcada dimensión territorial. Sin embargo, se puede observar como estas identidades se han manifestado de maneras diversas en las elecciones. Mientras que en las elecciones previas al 2002, las poblaciones quechuas y aymaras votaban separadas y por diversos partidos que aparecían y luego desaparecían del panorama político; luego del 2002, estos sectores lograron unificar sus votos y de esta manera causaron la ascensión dramática del MAS como su principal representante.

Ahora bien, el crecimiento del MAS ha sido tan acelerado y singular (al menos en el contexto boliviano) que el mismo se ha conceptualizado como el resultado de un proceso natural e inevitable de formación de partido. La narrativa actual sugiere que el colapso del antiguo sistema de partidos creó las oportunidades necesarias para la construcción de nuevos instrumentos políticos naturalmente alineados con, y representativos de, los sectores indígenas del país. Desde esta perspectiva, el MAS representa el punto culminante de un proceso de indigenización de la población boliviana que comenzó a tomar forma con los partidos kataristas en los 70, siendo reforzado por la guerra contra la coca entre 1980 y 1990 (y la conceptualización de la hoja de coca como un símbolo cultural e indigenista), y las marchas indígenas de los 500 años en los 1990. Estos eventos fueron abriendo puertas a la formación de una identidad indígena que

terminó transformando el discurso político y produciendo al MAS (cf. VanCott, 2005). En este sentido, y a primera vista, el surgimiento del MAS puede ser explicada con la teoría de clivajes sociales de Lipset y Rokkan: la polarización étnica de la población boliviana y la apertura política causada por un sistema de partidos debilitado habría producido la formación de un partido alineado con esta identidad colectiva.

Sin embargo, esta lectura se ve debilitada cuando se examina desde una perspectiva más amplia. Primero, como Madrid ha señalado, el MAS no es el único partido que surgió en el panorama nacional para las elecciones del 2002 con un discurso que apelaba a los sectores indígenas. El Movimiento Indígena Pachakutik (MIP) buscaba movilizar estas mismas identidades políticas, pero a través de una estrategia muy diferente (cf. Madrid, 2012). Segundo, esta lectura tampoco explica la articulación a medias del clivaje étnico en el sistema de partidos boliviano. Si la traducción de un clivaje social fuese un proceso natural, entonces, deberíamos observar la formación de un partido político de oposición alineado de manera estable con la identidad política de los sectores no-indígenas de Bolivia. Sin embargo, todavía ningún partido ha logrado alinearse con este sector de la población boliviana. En vez, observamos una fluctuación constante de alternativas políticas con un corto ciclo de vida.

¿Cómo logramos engranar estas dinámicas en un mismo marco teórico? Para elucidar los mecanismos que le permitieron al MAS establecerse como la principal –y única– alternativa para el polo indígena del clivaje étnico y que, a su vez, continúan impidiendo la consolidación de un partido de oposición estable, tenemos que enfocarnos en los procesos que facilitan o inhiben la articulación de estos clivajes en la arena política.

Dos factores son críticos para facilitar la traducción de clivajes sociales a representación política. El primero de estos factores es el alineamiento de los partidos políticos con los diferentes polos del clivaje. El segundo son las estructuras de movilización y comunicación que permiten el establecimiento de partidos políticos en el plano nacional. En esta sección del artículo, definimos estos factores y examinamos su manifestación en los procesos de formación de partidos políticos en Bolivia.

VII. Las fracturas de la oposición

Primera fractura: Identificación de identidades y alineamientos políticos

Uno de los criterios principales que facilitan la traducción de clivajes sociales en partidos políticos estables recae en la identificación y representación adecuada de estas identidades políticas. Es aquí donde el MAS se distingue de la mayoría de los partidos en la historia boliviana y, en particular, de los partidos de oposición actuales. Mientras que el MAS ha demostrado increíble agilidad para identificar y alinearse con estas identidades politizadas, los partidos de oposición han sido sumamente lentos en reconocer los patrones de votación de la población. Y, a pesar de que el MAS es un ejemplo casi perfecto de un proceso de formación de partido vertical-ascendiente, esto no implica que su desarrollo haya sido natural, mucho menos inevitable. Al contrario, la dramática expansión de la fuerza electoral del MAS entre su primera contienda en las elecciones generales del 1997 –donde obtuvo 3.7 por ciento– y su más reciente participación en las elecciones del 2014 –en la cual obtuvo 61 por ciento– revela un cuidadoso desarrollo de estrategias políticas diseñadas para establecerse firmemente como el partido representante de los sectores indígenas de la población.

Este punto se hace sumamente evidente cuando se compara el desempeño del MAS con el del MIP, partido contemporáneo al MAS y que en algún momento capturó una porción pequeña, pero significativa del voto aymara de La Paz. En su mejor momento político, las elecciones del 2002, el MIP alcanzó el 6 por ciento del voto nacional y muchos anticipaban que esta fuerza política, como el MAS, iba a continuar expandiendo su presencia nacional. Sin embargo, en las elecciones del 2005 el MIP obtuvo 2 por ciento de la votación y desapareció como una alternativa política viable.

Madrid (2012) sugiere que lo que llevó al MAS a derrotar al MIP como la alternativa política principal para los sectores indígenas fue su discurso inclusivo. Mientras que el MIP buscó movilizar a una base primordialmente aymara a través de un discurso que rechazaba a los sectores no-indígenas de Bolivia, el MAS desarrolló un discurso inclusivo que primero capturó el apoyo de los sectores quechuas y luego fue cautivando el voto aymara e indígena-mestizo. Para Madrid, la clave del éxito del MAS está en su inclusión discursiva de los sectores no-indígenas del país. El MAS, al desarrollar un discurso menos

hostil que el MIP hacia estos otros sectores, logró obtener el apoyo de la población políticamente moderada.

Sin embargo, los análisis estadísticos sugieren otra interpretación. El alineamiento exitoso del MAS con los sectores indígenas parece haber sido producto de su estrategia inclusiva *hacia los sectores indígenas mismos* y no tanto hacia los sectores no-indígenas de la población. Esta es la diferencia principal entre el MAS y otros instrumentos políticos que buscaron representar la identidad indígena. El MAS desarrolló una estrategia política que buscaba integrar a los sectores quechuas y aymaras bajo la sombrilla de 'indígenas' con un discurso de reivindicación colectiva y de desarrollo social. Esta estrategia le permitió al MAS unificar a dos sectores de la población que históricamente habían votado de manera separada y por partidos relativamente pasajeros. Al re-conceptualizar los intereses políticos de estos sectores bajo una bandera unificada, el MAS logró alinearse ideológicamente con las poblaciones indígenas –tanto quechuas como aymaras– e indígena-mestizas. De esta manera expandió su alcance en el plano electoral y se estableció como la única fuerza política de relevancia en ese polo del clivaje étnico boliviano. En resumen, no fue tan solo la auto-identificación indígena del MAS lo que lo llevó a alinearse efectivamente con los sectores quechuas y aymaras de la población; más bien fue su estrategia inclusiva y discursiva lo que le permitió estirar su alcance y eliminar del panorama político a otras alternativas similares como el MIP.

Los partidos de oposición en Bolivia, por su parte, hasta ahora no han logrado proyectarse ante sus bases potenciales de manera tan efectiva como el MAS. Estos partidos han optado por presentarse como alternativas políticas con una base estructural alternativa a la que sugieren los análisis estadísticos de patrones de votación. Tanto el MSM, como UN, MDS y PDC intentaron posicionarse de una manera estratégica para capturar el voto de las clases medias urbanas bolivianas. Mientras que el MSM apeló a estos sectores por medio de un discurso izquierdista tradicional, las demás organizaciones políticas intentaron atraer el voto de estos sectores con un discurso de centro-derecha. Ninguno de estos partidos políticos de oposición hasta ahora ha intentado –mucho menos logrado– desarrollar un discurso político representativo de los sectores no-indígenas de la población. A causa de esto, existe un desalineamiento político severo en el polo no-indígena del clivaje étnico boliviano. Este desalineamiento representa el factor principal que actualmente continúa impidiendo el

desarrollo de un partido político de oposición representativo y estable. Este factor también ha llevado a la formación de un sistema de partidos unipartidista y desbalanceado.

Un análisis breve de las propuestas de gobierno y las campañas políticas de los tres principales partidos de oposición que participaron en las elecciones generales de 2014 revela los alineamientos políticos a los cuales estos partidos aspiraron.

Primeramente, la imagen de los candidatos de oposición fue construida estratégicamente para reflejar experiencias de lucha y superación. En el caso de Samuel Doria Medina y Jorge Quiroga, el enfoque fue en su éxito económico y profesional, el cual fue construido como el producto inevitable de su inteligencia, dedicación y laboriosidad. Estas características se utilizaban como indicadores de su potencial como gobernantes. El caso de Juan del Granado es un poco diferente, pues su campaña se enfocó en sus luchas políticas y su relativamente exitoso gobierno municipal en La Paz, intentando demostrar su capacidad de transformar condiciones. Los tres políticos buscaban presentar una imagen pulida y a su vez relajada. Se vestían con camisas de botones y jeans, casi siempre evitando utilizar sacos; se presentaban como miembros del pueblo e intentaban deshacerse en cuanto fuese posible de sus características de élites económicas o políticas. A través de estas estrategias de imagen, los tres candidatos aspiraban a conectar con las clases medias y con su ambición de superarse y alcanzar el éxito y prosperidad económica.

Los discursos de Samuel Doria Medina, Juan del Granado y Jorge Quiroga tenían dos enfoques principales: criticar al gobierno y presentarse como la alternativa ideal. Los tres candidatos se concentraron en las mismas tres críticas al gobierno del MAS. Primero, criticaban lo que ellos clasificaban como el debilitamiento de las instituciones bolivianas y su parcialización y sometimiento a los instructivos del partido de gobierno. Estas críticas se enfocaron principalmente en los sistemas judiciales y electorales, pero también tocaron con frecuencia la temática de empleo, sugiriendo que el MAS desmanteló estratégicamente un sistema previamente establecido de contrataciones en base a mérito. Segundo, las críticas resaltaron el desperdicio de recursos por parte de los líderes de gobierno y el abuso de poder en diversas controversias económicas. La campaña de UD, en particular, utilizó constantemente las palabras “despilfarro” y “lujos desenfrenados” para describir el estilo de vida del presidente Morales y sugerir

que los recursos estaban siendo mal utilizados por el gobierno. Por último, las críticas también resaltaron las debilidades políticas del sistema actual, enfocándose en las debilidades de los sistemas de educación y salud.

Estos tres ángulos de crítica vinieron acompañados de una imagen que buscaba vender a cada candidato como la única alternativa viable. Sin embargo, la imagen construida por estos candidatos era muy similar, como ya hemos discutido arriba. Los tres candidatos buscaban identificarse por medio de su imagen y discurso con las clases medias urbanas. Al seleccionar sus candidatos a la vicepresidencia, tanto Juan del Granado como Samuel Doria Medina optaron por atravesar el clivaje étnico-territorial desde una perspectiva geográfica, mientras que Quiroga adoptó una estrategia étnica. Mientras que los primeros dos candidatos presentaron una fórmula política con una imagen estrictamente no-indígena, el tercero buscó suavizar el impacto de este clivaje por medio de la imagen de su candidata a la vicepresidencia.

En las plataformas políticas, estos papeles fueron alternados. Mientras que las propuestas de Quiroga estaban firmemente alineadas con los intereses de los sectores no-indígenas, las de Doria Medina y Juan del Granado integraban apelaciones a ambos sectores. Juan del Granado se posicionó como un representante alternativo para los sectores indígenas, aun si en imagen y discurso apelaba a los sectores no-indígenas. En cambio, Doria Medina buscó diluir el impacto de este clivaje a través de la incorporación (desigual) de demandas de ambos polos del clivaje (cf. Programa de Gobernabilidad, 2014).

Sus slogans reflejaban estas estrategias. Mientras que el slogan del MSM, “ni este gobierno estancado, ni la vuelta al pasado”, buscaba apelar a los sectores indecisos que anteriormente habían apoyado al MAS, pero sin distanciarse de sus sectores meta; la frase de UD, “la unidad es el camino”, recogía su interés de construir un partido político que estuviese por encima de cualquier diferencia social, política o económica que pudiese dividir al país. El PDC, por su parte, concentró su campaña en dos slogans poco comunicativos, “Bolivia Diferente” y, en menor grado, “la única alternativa”. Estos slogans parecerían evitar cualquier alineamiento conclusivo con identidades políticas colectivas (¿cuál sería esa Bolivia diferente?, ¿a quién beneficiaría?). Más que los slogans de otros candidatos, los slogans del PDC construían a Quiroga como el único líder con la capacidad de implementar cambios no precisados.

Este breve análisis de las campañas de los partidos de oposición revela el grado de desalineamiento que existe entre, por un lado, el discurso, la imagen y las propuestas de los partidos de oposición y, por otro lado, las preferencias e identidades políticas de la población. Los partidos de oposición han buscado, hasta ahora sin éxito, movilizar a sus bases potenciales a través de discursos de clase generalizados e imprecisos. Sin embargo, las bases parecen estar poco convencidas por estos discursos y permanecen claramente desconectadas de sus representantes.

Segunda fractura: Estructuras de movilización y comunicación

El segundo factor que influye significativamente en el surgimiento de partidos políticos estables en un sistema en construcción –y que examinamos sólo superficialmente aquí– son las redes sociales que determinan la cobertura geográfica de los partidos. Por redes sociales significamos aquí no las redes que asociamos con Facebook y otros medios cibernéticos; más bien entendemos redes sociales como las estructuras sociales que son construidas a través de interacciones entre individuos o grupos. Las mismas son un componente esencial de cualquier sistema de partidos; éstas integran a la población geográficamente y regulan las interacciones entre los políticos y el electorado. Quizás más importante todavía, las redes sociales juegan un papel crítico definiendo los patrones de movilización y comunicación de un partido en formación, pues es en el momento de formación que las redes tienen mayor protagonismo y donde la propia distinción entre éstas y el partido embrionario (casi) desaparecen. Adicionalmente, las redes estructuran el sistema de fiscalización que define la relación entre políticos y votantes. Sin redes, los partidos carecen de estructuras para interactuar con la población y permanecen desconectados y limitados en su capacidad de transmitir mensajes a sus bases, recibir reacciones y movilizar a la población en general.

Actualmente, la relación entre redes sociales y procesos de formación de partidos políticos permanece poco teorizada (cf. McAdam y Tarrow, 2010). Sin embargo, la importancia de las redes sociales ha sido examinada extensamente en el contexto de movimientos sociales (cf. Diani y McAdam, 2003). Diversos estudios han analizado el impacto de pertenecer a una red social en: (1) la capacidad de movilización de una agenda social (cf. Klandermans y Oegema, 1987), (2) en los diferentes niveles de compromiso de los participantes con las

movilizaciones (cf. McAdam, 1990) y (3) en la difusión de ideas (cf. Roberts et al., 2010), entre otros temas. De estas importantes contribuciones, se puedan extrapolar lecciones para el estudio del impacto de las redes sociales en las prácticas de formación de partidos políticos.

Estos análisis han encontrado que pertenecer a una red social aumenta las posibilidades de que un individuo participe activamente en una movilización, esté dispuesto a arriesgarse en contextos de represión y tenga mayor compromiso con la causa social. Para los procesos de construcción de partidos políticos, estos estudios sugieren no solo que las redes sociales son el canal de movilización más eficiente, pero que también tienen el potencial de proveerle a los partidos con una base más comprometida. Otros estudios también han demostrado que las redes sociales son canales esenciales para la transmisión de mensajes y la difusión de ideas (cf. Givan et al., 2010). En este sentido, las redes facilitan la expansión de los movimientos, pues delimitan su alcance sectorial y permiten la difusión de ideas y estrategias.

En Bolivia, el MAS ha sido exitoso estableciendo una relación con diversas redes sociales y utilizando las mismas para establecerse en el plano nacional, alcanzar a diversos sectores sociales y estructurar la relación entre el partido, sus políticos y sus bases. Para el MAS, las redes sociales han sido cruciales para su establecimiento como un partido estable de amplia envergadura en la política nacional. Importantemente, es casi imposible imaginar que el MAS hubiera podido crecer tan rápidamente si no hubiese utilizado redes sociales previamente existentes y de profunda presencia tanto nacional como a nivel comunitario.

Las relaciones entre el MAS y sus diversas redes sociales varían significativamente. El MAS tiene una estructura base nuclear que le ha permitido acceder a los sectores rurales campesinos y convertir a estos sectores en una base comprometida. Estas redes, compuestas por tres organizaciones –Confederación Sindical Única de Trabajadores Campesinos de Bolivia (CSUTCB), Confederación Nacional de Mujeres Campesinas Indígenas Originarias de Bolivia-“Bartolina Sisa” (CNMCI OB-BS) y la Confederación Sindical de Comunidades Interculturales de Bolivia (CSCIB)– son la militancia del partido de gobierno y los que mantendrán al MAS estable a largo plazo. Más allá de las redes sociales nucleares del MAS, este partido también ha logrado establecer una relación, algo más débil pero

aún sumamente importante, con otras redes sociales. En la estructura partidaria del MAS, estas otras redes sociales permanecen en la periferia; sin embargo, le han permitido al partido de gobierno acceder a los sectores urbanos, de clases medias y del oriente boliviano que anteriormente no podían ser movilizados por el partido.

Entre las redes sociales que constituyen esta periferia del MAS, están incluidas organizaciones como la Central Obrera Boliviana (COB), Consejo Nacional de Ayllus y Markas del Qullasuyu (CONAMAQ), Confederación de Pueblos Indígenas de Bolivia (CIDOB), Federación de Juntas Vecinales de Bolivia (FEJUVE), redes empresariales y sectores universitarios. La relación entre el MAS y estas organizaciones es estratégica-electoral y contingente. Estos sectores conectan al MAS con sus redes sociales a cambio de favoritismos reflejados en políticas públicas, puestos en las listas de la Asamblea Legislativa y/o otros diversos regalos con un contenido más clientelar. Cuando el MAS no cumple con sus promesas, corre el riesgo de que estas organizaciones le cierren acceso a las redes sociales que las componen y abandonen el proyecto del partido de gobierno.

Todavía el MAS no ha logrado –y realmente no parece haber intentando mucho– utilizar a estas redes para reclutar militantes comprometidos. Esta es la diferencia principal entre el uso que el MAS le ha dado a sus redes nucleares versus al que le ha dado a sus redes de periferia. Aún así, el MAS ha sido sumamente exitoso utilizando ambos tipos de redes para acceder y movilizar a diversos sectores del país, comunicar su ideología a las bases, interactuar con las mismas, obtener retroalimentación sobre sus políticas en los diferentes niveles del país y lograr un gran apoyo electoral en todas las contiendas en las que ha participado desde el 2005. En resumen, el MAS ha logrado establecerse como la fuerza política más importante y estable del país a causa del desarrollo estratégico de alianzas nucleares y periféricas con diversas redes sociales del país.

La historia de los partidos de oposición es muy diferente. El segundo factor más importante que limita dramáticamente la articulación de las identidades no-indígenas y mestizo-blancas en Bolivia es precisamente la ausencia de estructuras nacionales de movilización y comunicación. Contrario al MAS, los diferentes partidos de oposición del país no han logrado identificar una estructura base que les permita establecerse como fuerzas nacionales con una

capacidad significativa de movilización. En vez de establecer relaciones con grandes redes sociales del país, los partidos de oposición han optado (en parte por no tener otra opción) por incluir en sus listas individuos que pertenecen a estas redes nacionales, pero que son disidentes de las mismas. En general, estos individuos han demostrado tener un poder sumamente limitado dentro de sus redes y no han logrado proveerle a los partidos de oposición un acceso a las redes a las cuales pertenecen. La alianza de estos individuos con partidos de oposición, por ende, ha resultado ser una simbólica y de muy poco peso estratégico. Más aun, ninguno de los partidos de oposición ha logrado capturar un apoyo comprometido de estas redes sociales. En vez, sus alianzas estratégicas han sido –como las que el MAS tiene con sus redes de periferia– plenamente condicionadas.

En consecuencia, los partidos de oposición han optado por recurrir a estrategias de movilización desestructuradas, insostenibles y casi enteramente mediáticas. Sus estrategias son desestructuradas porque carecen de canales interconectados de movilización que le permitan acceder de una manera sistemática a bases potenciales. A su vez, son estrategias insostenibles porque en muchos casos están fundadas en relaciones estratégicas-electorales que los partidos no pueden satisfacer sin acceso a los recursos de gobierno y a la toma de decisiones. Esto significa que una vez que estos partidos pierden las elecciones, también pierden sus alianzas sectoriales, pues el interés principal de estos sectores aliados es obtener políticas públicas favorables para ellos; ya que el partido de oposición no le puede facilitar esto, los sectores optan por distanciarse y considerar otras alianzas para el futuro.

Por último, la carencia de redes sociales ha forzado a los partidos de oposición a recurrir a estrategias mediáticas para sustituir –si bien de manera superficial– los canales de comunicación y movilización que las redes sociales proveen. Las campañas mediáticas le permiten a estos partidos acceder a comunidades en las cuales los mismos no tienen presencia y llevar su mensaje político a nivel nacional. Esta estrategia presupone una relación directa entre, por un lado, comunicar el mensaje ideológico y la agenda política del partido y, por otro lado, movilizar a diversos sectores de la población; su enfoque es en el individuo y no en el colectivo. Sin embargo, resulta mucho más difícil movilizar a personas individualmente que a través de redes sociales, las cuales poseen estructuras informales propias de movilización colectiva. En este sentido, la estrategia

mediática no solo resulta ser un sustituto superficial de las redes sociales, sino que también es un sustituto mucho más complicado. Finalmente, la estrategia mediática es muy débil como sustituto de las redes sociales porque, a pesar de que permite que el mensaje del político llegue a las comunidades sin necesidad de redes estructuradas, no permite que la comunicación fluya en la dirección opuesta. Si las redes sociales facilitan una interacción y comunicación en ambas direcciones –partido a comunidades y viceversa–, la estrategia mediática no le permite al partido escuchar a las comunidades e integrar su sentir en la agenda política. Esto, inevitablemente, tiene un impacto en la imagen del partido ante la población y en el grado de confianza y credibilidad que puede lograr.

VIII. Conclusión

A través de esta investigación, hemos intentado construir un mapa amplio de los patrones de votación en Bolivia desde los 1980 y trazar las consistencias y transformaciones que han caracterizado al sistema político en este período. Hemos identificado tres dinámicas cruciales.

Primero, se ha resaltado el impacto del clivaje étnico en los patrones de votación. La etnicidad nos ayuda a entender gran parte de la variación en la votación tanto por partidos institucionalizados como por partidos fugaces a través de todas las elecciones generales entre 1989 y 2014. Segundo, uno de los cambios más importantes en los patrones de votación ha sido la unificación del voto quechua y aymara y su alineamiento bajo las siglas del MAS. Mientras que, antes del 2005, estos sectores votaban por partidos políticos diferentes, desde el 2005 votan colectivamente por el MAS. Tercero, los análisis también revelan que el sistema de partidos previamente institucionalizado no proveía representación estable a las poblaciones indígenas. Igualmente, sugieren que el nuevo sistema de partidos ahora provee representación estable para los indígenas, mas permanece desalineado con los no-indígenas. En ese sentido, el sistema de partidos actual es un reflejo alternado del sistema que colapsó en el 2002.

Este marco teórico sugiere que el desalineamiento del polo no-indígena del clivaje étnico tiene dos causantes. La primera de éstas es la falta de reconocimiento de los patrones de votación por parte de los partidos de oposición. Los mismos han optado por ignorar las dinámicas resaltadas en esta investigación y, en vez,

desarrollar campañas que buscan ponerlos por encima de cualquier clivaje social. Esta estrategia resalta importantes contradicciones y profundiza el desalineamiento político con los sectores no-indígenas.

La segunda de estas causas es el alcance limitado de las redes sociales que conforman las bases de estos partidos de oposición. La falta de redes impide la comunicación entre el partido y sus bases, y limita la capacidad de movilización social. Importantemente, la ausencia de estas redes ha llevado a la oposición a desarrollar estrategias personalizadas y mediáticas que, al final, son sustitutos débiles y superficiales de las estructuras partidarias que las redes facilitan.

Los resultados aquí presentados revelan que un partido de oposición exitoso deberá, antes que nada, reconocer las líneas de división política y partir de ellas para identificar sus bases. Una vez se establezca este punto de inicio, los partidos podrán recoger los intereses de estos sectores en una plataforma representativa. Ignorar estos patrones, sugieren los resultados, llevará a la perpetuación de la inestabilidad entre los sectores de oposición.

Ahora bien, reconocer estas dinámicas y desarrollar un partido alineado con los sectores no-indígenas no significa construir un partido anti-indígena. Los patrones de votación identificados en esta investigación, en su interpretación más básica y desinformada, sugerirían que los bolivianos votan con sus co-étnicos por motivos de discriminación. Sin embargo, una lectura más informada de estas dinámicas ve más allá del racismo y revela patrones de formación de preferencias políticas, sociales y económicas que diferencian a cada uno de estos grupos étnicos. Recae en los partidos de oposición descifrar los mecanismos que actualmente producen el voto co-étnico y desarrollar alineamientos que les permitan producir una representación estable y faciliten la consolidación de un sistema de partidos que finalmente represente a los diversos sectores de la población.

IX. Referencias bibliográficas

- Aldrich, J. H. (2011). *Why Parties?: A Second Look*. University of Chicago Press.
- Anckar, D. and Anckar, C. (2000). "Democracies without Parties". *Comparative Political Studies*, 33 (2), pp. 225-247.

Bartolini, S. and Mair, P. (1990). *Identity, Competition, and Electoral Availability: The Stabilisation of European Electorates 1885-1985*. Cambridge University Press.

Cameron, M. A. (1991). "Political parties and the worker-employer cleavage: The impact of the informal sector on voting in Lima, Peru". *Bulletin of Latin American Research*.

Diani, M. and McAdam, D. (2003). *Social Movements and Networks: Relational Approaches to Collective Action*. Oxford and New York: Oxford University.

Eaton, K. 2007. "Backlash in Bolivia: Regional Autonomy as a Reaction against Indigenous Mobilization". *Politics & Society*, 35 (1), pp. 71-102.

Giugni, M.; McAdam, D. and Tilly, C. (1999). *How social movements matter*. Minneapolis, Minn: University of Minnesota Press.

Givan, R. K.; Roberts, K. M. and Soule, S. A. (Ed.) (2010). *The Diffusion of Social Movements: Actors, Mechanisms, and Political Effects*. Cambridge: Cambridge University Press.

Hale, H. E. (2005). "Why Not Parties? Electoral Markets, Party Substitutes, and Stalled Democratization in Russia". *Comparative Politics*, 37 (2).

Instituto Nacional de Estadísticas (1992). *Data censal, indicadores sociodemográficos*.

Instituto Nacional de Estadísticas (2001). *Data censal, indicadores sociodemográficos*.

Katz, R. S. and Crotty, W. J. (2005). *Handbook of party politics*. London: Sage.

Klandermans, B. and Oegema, D. (1987, agosto). "Potentials, networks, motivations, and barriers: Steps towards participation in social movements". *American Sociological Review*, 52, pp. 519-531.

Kitschelt, H. (2010). *Latin American party systems*. Cambridge: Cambridge University Press.

Kornblith, M. (2004). *Partidos políticos en la Región Andina: entre la crisis y el cambio*. Lima, Perú: International IDEA.

Lago, I. and Martínez, F. (2011). "Why new parties?" *Party Politics*, 17 (1), pp. 3-20.